

Crónica “Epicúrea” para Don José Gómez Sánchez

FRANCISCO HERRERA RODRÍGUEZ



Prof. Dr. D. José Gómez Sánchez en el Congreso de la SEHCYT, celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Cádiz a finales de septiembre de 2005 (Fotografía de F.H.R.)

En octubre de 1974 llevaba don José Gómez Sánchez tan solo unos meses en Cádiz, con mando en plaza, en sus cátedras de Biología, Histología y Embriología General. Precisamente fue ese mismo año cuando formalicé matrícula en primer curso de la carrera y alguien me dijo:

-¡De buenas te has librado!

-¿Por qué?

-Se ha jubilado don José Luis Martínez Rovira, terror de las anatomías, tira los huesos del carpo al aire en los exámenes orales y tienes que decir si el hueso que vuela es el escafoides de la mano izquierda o el de la derecha; pero no cantes victoria...que ahí tienes al profesor Corral en primero y en segundo, con la profesora Salgado de cancerbera de la cátedra, que te harán pasar el calvario de las preclínicas, si superas esto luego te tienes que enfrentar a los cuatro ceros de rigor del profesor Cuenca en Farmacología.

El panorama anunciado era desolador y encima en la primera clase el profesor de Anatomía, don Antonio López, cuando entró en el *Aula 1*, cercana al salón de grados, exclamó ante la multitud de alumnos que conformábamos el primer curso de la carrera:

-¡El Ministerio se ha vuelto loco con esta masificación, ninguno trabajaréis como médico!

Don Antonio López, con su bondad y parsimonia, comenzó a explicar la *Embriología*. Al terminar la clase en el folio, casi en blanco, solo había anotadas unas cuantas palabras inconexas: *cigoto, mórula, somitos, mesodermo...* Y pensé: *¡Esto es una cuestión de días, aquí aguanto poco!*

Perdido estaba yo irremisiblemente por los cortes longitudinales y transversales de la Anatomía; el *Aula I* de la Facultad me parecía un barco a la deriva buscando bahías imposibles. Fue entonces cuando entró en clase un señor atildado, con una bata inmaculadamente blanca y planchada, corte de pelo insuperable, ni pelo de más ni pelo de menos, y las gafas enarboladas sobre la frente, era el profesor de Biología, venía de Madrid de alguna agregaduría notable según se decía, y todavía le quedaban algunos años para cumplir los sesenta. El hombre, parsimoniosamente, escribió en la pizarra los nombres de autores y títulos de los libros de textos. Se sentó, y enrollando el cable en el micrófono miró al graderío de jóvenes expectantes y dijo:

-La materia que voy a explicar viene bien en el Robertis y en el Berkaloff, ¿Ah?

A partir de ese momento y en las sucesivas clases, el profesor Gómez Sánchez pasaba del condrioma a Jesucristo, del ADN a “*Nadie debería morir*” de Frank G. Slaughter, o se detenía en la figura de Carlos Marx, de Darwin, o en alguna película de Fellini que era más o menos de su gusto, o recomendaba “*Diagnóstico final*” de Arthur Hailey. En los siguientes cursos académicos comprobamos que había traducido del francés unas cuantas obras magistrales y pedagógicas: la *Histología* y la *Embriología* de Poirier, probablemente los libros que más disfruté en esos cursos preclínicos, los conservo aún hoy día, alguno dedicado de su puño y letra.

Pronto cobré conciencia que me encontraba ante un profesor distinto, diferente, en cierta manera me recordaba, por su porte elegante, a José Muñoz, que en COU y en el *Instituto Columela* me explicó una disciplina tan apasionante como la Química; pero ‘Gómez’, ‘el Gómez’, ‘don José Gómez’, ‘Gómez Sánchez’, inundó nuestras vidas durante tres cursos seguidos, y de pronto un día venía a clase con Laín Entralgo que nos hablaba de Cajal o traía a Ortiz Picón, atildado de grises indumentarios y con el oleaje atlántico del recuerdo de don Pío del Río Horteiga. En esos momentos ya me daba cuenta de que don José estaba marcando mi vida con sus gestos displicentes de dandi escéptico y con sus opiniones heterodoxas, y esos libros que sacaba de una chistera inexistente, mágica y seductora.

En tercer curso de carrera, en el examen final de Anatomía Patológica, con el reloj que marcaba inexorablemente los 20 minutos concedidos para cada pregunta (tic, tac, tic, tac...), fue dictando cada una entre timbrazo y timbrazo de reloj; el examen lo llevaba yo entre *Pinto* y *Valdemoro*, pero llegó la última pregunta que fue impropia de un examen de Anatomía Patológica: ‘*La Escuela Histológica de Cajal*’. Ahí me salvé. Don José tenía la costumbre de que nos evaluáramos y pusiéramos en el examen la nota

que creíamos merecer y me puse un “*Notable*”, y el azar quiso que tuviera que entregarle el examen en mano y cuando vio la nota me dijo:

-¿*No se sobrevalora usted, joven?*

-¿*No, don José, la tercera pregunta creo que merece el “Notable”!*

Y don José, al cabo de unas semanas, firmó mi papeleta de la asignatura con esa calificación; al día de hoy, y con todo lo vivido, puedo asegurar que es una de esas satisfacciones que te regala la vida; ese pequeño hecho, de que me mantuviera la nota por una pregunta más propia de *Historia de la Medicina* que de *Anatomía Patológica*, me reconfortó para afrontar los cursos siguientes de la carrera.

Recordaré siempre una cuestión que nos lanzó a los alumnos en clase y que cada dos por tres viene a mi mente:

-¿*Por qué página nos abrirá el azar el libro de la anatomía patológica?*

No se refería don José, precisamente, a las preguntas que iban a caer en el examen, sino a las enfermedades que nos depararía a cada uno de nosotros la vida.

Don José, según recuerdo, tenía algo muy claro, que el patólogo era el fiscal del internista y del cirujano, y por lo que tengo escuchado y leído ejerció a conciencia esta tarea con alguna eminencia de los quirófanos madrileños, y a todos nos sorprendía que permaneciera en Cádiz, en contra de la costumbre de tantos y tantos “catedráticos volantes” que utilizaban nuestra ciudad como un interinato mientras llegaban plazas académicas de mayor reconocimiento y prestigio. Este hombre, en cambio, se quedó en Cádiz y dejó huella y discípulos, pero también incomodó con su verbo afilado a las “fuerzas vivas” y a las “fuerzas muertas”, esta creo que es una historia que conocen bien algunos de los presentes y seguro que cada uno tiene su particular punto de vista sobre el asunto.

Dejemos esto aquí y retomemos mis andanzas académicas, que no pensaba yo me harían coincidir tan intensa y extensamente con don José, como por ejemplo aquel día que acudí con una compañera a su despacho de decano para pedir una convocatoria extraordinaria; a mí me recriminó el pelo largo y a ella no llevar medias y tacón, en esto don José era muy exigente; salvados los obstáculos y concedida la petición, recuerdo cómo se empleó a fondo para debatir con nosotros sobre la *antipsiquiatría* y las ideas de Ronald Laing, David Cooper y Franco Basaglia, y más concretamente sobre la influencia social y de los trastornos bioquímicos en las enfermedades mentales. Recuerdo que en otra ocasión un compañero de curso, puertorriqueño, que luchaba por la independencia de su patria de los EE.UU. de Norteamérica, solicitó al decano Gómez Sánchez el salón de grados para dar una conferencia sobre el particular, no solo la petición fue concedida sino que se ofreció a ser ponente en ese acto; inolvidable, el verbo inflamado de mi compañero enarbolando la bandera de la independencia e inolvidable don José contando su visión de la historia de España en América, bien conocida por las personas que nos acompañan esta tarde.

Terminé la carrera y con maletín, fonendo y recetario de la seguridad social campé por esos pagos de la provincia, curar creo que curé poco, pero no me faltaba la lectura en estos periplos laborales y menos de libros relacionados con la historia de la medicina, y esto me hizo aventurar la idea de pedirle al que sería mi maestro, don Antonio Orozco, hacer la tesis de licenciatura con él. No olvidaré nunca el día que tuve que defenderla, era la primera vez que hablaba en público y la tarde antes don Antonio viendo mis camisas abiertas me dijo:

-¡Herrera, mañana, con corbata!

Pedí una prestada a mi hermano Pedro, que me dejó el nudo hecho solo para apretarlo, pero cuando me la puse un rato antes de la defensa, sentí todo el peso del agobio de lo que se me venía encima concentrado en mi cuello, así que opté por desabotonarme y aflojar la soga. Craso error. Presidía el tribunal don José Gómez y cuando me vio encaminarme hacia el atril del salón de grados, hizo que me acercara a él y me dijo:

-¡Joven, salga fuera del salón, y póngase correctamente la corbata!

Demoleedor. Esto hacía presagiar la catástrofe; pero aquello terminó más o menos bien, gracias a que mantuve la bipedestación y la voz articulada, como solía decir él, y sobre todo gracias a mi maestro, al propio profesor Gómez y al profesor Romero Palanco, también presente en aquel tribunal. Luego llegó el día de la defensa de mi tesis doctoral y cuando todo terminó don José Gómez me dijo algo que nunca he olvidado y que siempre tengo presente:

-¡Herrera, me ha gustado mucho su tesis, pero ustedes los historiadores escriben para no ser leídos!

Servidor de ustedes sabía ya en ese momento que no era historiador, y que no lo iba a ser nunca, porque esto son palabras mayores; pero lo que me dijo aquel día me hizo replantearme la forma de escribir, y cuando lo hago, siempre me pregunto si le gustará a don José o no le gustará, y sé que me lo seguiré preguntando en el futuro si tengo salud para seguir escribiendo.

Durante el tiempo en que hacía mi tesis doctoral fui consciente de que don José fue determinante, como Decano, para que se dotara la cátedra de Historia de la Medicina de la Facultad de Cádiz, y que apoyó a mi maestro como un caballero medieval, no es el momento para entrar en detalles; sin ellos dos yo no habría podido desarrollar mi carrera universitaria en este ámbito apasionante que estudia no solo la épica de los médicos notables, cosa que cada vez me interesa menos, sino también las pequeñas historias de los sufrimientos que acarrearán las enfermedades a los seres humanos y a las sociedades.

A poco de comenzar mi andadura como profesor en la Universidad de Cádiz, mi añorado y querido compañero José María Martín Farfán, director de la Escuela de Enfermería en aquellos momentos, me encargó organizar las *I Jornadas Culturales* de nuestro Centro, en aquella programación se incluyó un tema que siempre apasionó y

gustó a don José: el *Western*. Cada una de las películas, proyectadas en el ya inexistente *Cine Juventud*, iba acompañada de una conferencia y don José estuvo memorable diseccionando *La diligencia*, pero entremetiendo también comentarios sobre *Johnny Guitar* o *El hombre que mató a Liberty Valance*. Benditos sean John Ford, Nicholas Ray, John Huston, Howard Hawks o Fred Zinnemann, entre otros grandes directores, porque nos enseñaron la historia de Caín y Abel a través de los agricultores y ganaderos, nos hicieron ver las ambiciones como una tragedia griega y la vida como un hombre solo ante el peligro, ante todos los peligros. En el *Western* hay mucho más que forajidos, indios y vaqueros, y esto lo sabía muy bien nuestro querido maestro.

Desde esos días que rememoro don José estuvo nuevamente muy presente en mi vida y me abrió con generosidad las puertas de su casa y empezó a llamarme por teléfono a la hora del almuerzo, merecía la pena saltarse una comida por escucharlo hablar de libros y de todo lo divino y lo humano hasta que se cansaba y decía:

-¡Buena, joven, le dejo que tendrá usted algo que hacer!

En una de las visitas a su casa de la calle Acacias me dijo:

-¡Herrera es usted un gran interlocutor!

-¡Sí, claro, don José, eso es porque usted habla y yo escucho!

Pero ese mismo día me atreví a decirle:

-¡Don José, que dicen que es usted de derechas!

-Ah, bueno, sí, pero yo inventé la memoria histórica.

-¿La memoria histórica, don José?

-Sí, claro, o ¿no es memoria histórica mi biografía de Luis Urtubey escrita en 1980?

Y a pesar de lo exagerado no le faltaba razón; mis primeras noticias sobre Urtubey las tuve por él, por eso visité archivos tratando de rescatar datos sobre la vida “lastimosa y fructífera” de este gaditano que sobrevivió al ostracismo gracias a su coraje autodestructivo, a los lápices de colores y al fervor literario; pero claro de esto aquí en Cádiz muy pocos se han enterado, pocos son los que recuerdan hoy el talento de Urtubey cuando se camina por la *calle Ancha*, por *San Pedro* o *Enrique de las Marinas*, o se encuentra una separata de uno de sus trabajos en una librería de viejo por cincuenta céntimos, y es que, don José, es verdad aquello de que España hace a sus hombres y los gasta.

Un día, de pronto, año 2000, se fue trágicamente don Antonio Orozco, mi maestro, y don José Gómez quedó aquí acompañándome en las oposiciones, en las presentaciones de libros, en las conferencias; lo recuerdo en esta Academia el día que hablé de Alejandro San Martín, enarbolando su bastón al aire opinando sobre lo divino y lo humano. Don José era así y sus puyas, verbales o epistolares, a veces incomodaron a obispos, alcaldes, catedráticos, rectores y si algún Borbón se ponía por delante afilaba

presto su verbo, yo creo que todo esto le procuraba luego algunos ratos de divertimento y que más que nada lo hacía para ejercitarse.

Inmerecidamente recibí su apoyo para ingresar en instituciones científicas y siempre respetó mis ideas y mis decisiones, las compartiera o no, en el seno de las mismas.

Los hombres, querido don José, se debaten entre la certidumbre de la fe y la incertidumbre de que su nombre se escriba en el agua, como decía John Keats. No sé como resolvió usted lo primero, pero sí sé que ha dejado huella en los corazones de sus discípulos. Si algo me va quedando claro, querido maestro, es que el hombre sin las caretas de la hipocresía es sobre todo memoria y agradecimiento o no lo es.

Ojalá allá donde esté usted lleguen estas palabras agradecidas; de momento le puedo decir que mayo promete una nueva primavera, que las muchachas no gastan tacones ni medias en las aulas, pero son cada vez más bellas y flores de inteligencia. Yo quedo a la espera de que suene el teléfono y que *Lonelycat* me escriba, con la esperanza de que me haga un adelanto de lo que está viviendo, seguro que por esos pagos tampoco pasa usted desapercibido; incordie por allí, don José, por favor, a ver si este mundo tan injusto y complicado mejora un poco.

Muchas gracias, querido maestro, hasta pronto, hasta muy pronto.

En la Real Academia Hispano Americana,
Cádiz, 4 de mayo de 2016